

Filicidio

Eduardo Riveros Pino



Image not found.

Capítulo 1

Filicidio

Íbamos los tres de la mano, caminando por un largo sendero hacia la estación de tren que los llevaría a ellos hacia un lugar desconocido. A mi izquierda iba Nieve, a mi derecha iba Luna, ambos de 10 años. Él tiene el cabello castaño claro, ojos marrones y curiosos, como los de su madre, además de una piel blanca como la nieve (de ahí su nombre). Luna tiene el cabello oscuro, igual que sus ojos, y unos labios tan encendidos que el contraste entre éstos con su piel blanca le da un aspecto hermosamente misterioso. Son niños aún, pero se quedarán así para siempre, eso es algo que no puedo cambiar.

Los observo caminar y estudio sus movimientos. Él camina agitando el brazo que le queda libre hacia adelante y hacia atrás, como un péndulo, mientras que ella sostiene un peluche que yo y su madre le hicimos para su último cumpleaños. Él va de verde, mientras que ella viste el negro. Van concentrados en el camino, mirando una que otra vez al paisaje que nos rodea, el cual se ve lleno de árboles nevados bajo un cielo nublado. A ellos les gusta, se criaron bajo un clima gris y frío. Esos son los días que se vendrán ahora que ellos se van. Espero que conozcan climas más cálidos allá donde los lleve su destino.

Cada paso que damos va dejando nuestras huellas en la nieve, y poco a poco una pequeña brisa va borrando las pisadas más recientes, como si nunca hubieran existido. Comienzo a silbar una melodía, ellos la cantan. La conocen bien, solíamos cantársela a ambos antes de que se durmieran, era nuestro arrullo. A veces les leíamos un cuento, otras les contábamos historias de nuestra juventud, y otras veces les cantábamos, yo tocaba la guitarra y su madre tocaba un pequeño piano de media cola situado cerca de la cama en donde dormían. En los últimos meses agregamos otra rutina: nos quedábamos con ellos y respondíamos sus preguntas. Son niños, están llenos de ellas: "¿Cómo se conocieron?", o "¿Qué significa tal o cual cosa?". Uno a veces endulza ciertas respuestas, pero trataba de ser lo más fidedigno con la realidad, al tiempo que intentaba responderles en su idioma, para que ellos me entendieran. Justo en esto, mi hijo me hace una de sus preguntas.

-Papá, ¿dónde está la mamá? –pregunta, sorprendido por su ausencia.

-Se quedó en la casa, hijo.

-¿No vendrá? –pregunta mi hija, en un tono que me pareció una combinación casi escalofriante entre preocupación con un deje de

indiferencia.

-Me temo que no, pero les manda muchos cariños y recuerdos –mentí-, sólo quiere que estén bien y desea lo mejor para ustedes.

Mis dos pequeños me observaron. Vi en sus ojos cierta tristeza, como si temieran por un presentimiento que poco a poco ven que se hace realidad. Eso me conmovió. Ya habíamos llegado a la estación, nos cercioramos de que el tren aún no llegaba y nos quedamos de pie en el andén, esperando.

-No quiero ir –dice Nieve-, me da miedo subirme al tren y desaparecer de aquí como si nada.

-Yo tampoco, papito –dijo Luna; ese diminutivo me rompió el corazón-, ¿por qué no podemos quedarnos contigo?

No supe qué responderle a mi hija, tenía tantas ganas de decirles que se quedaran, que no era necesario que partieran, pero sabía que era imposible. La decisión estaba tomada y ellos partirían en pocos minutos. No había vuelta atrás. Los estreché en un abrazo, y ellos devolvieron el gesto. Un par de lágrimas humedecieron los cabellos de mis hijos mientras todavía podía percibir el calor de sus respiraciones en mi cuello. No quise decirles que quizá vería a otros como ellos, que quizá amaría a otros como ellos, que tal vez les cantaría a otros niños con cabellos y ojos distintos a los que ahora me observaban hipnotizados. No, no les diré eso. Eso estaba demás. Los observé nuevamente, mis pequeños hijos. Les revolví sus cabellos, un gesto que ellos aprendieron a considerar como cotidiano, y siempre cerraban sus ojos cuando veían mis manos acercarse a sus cabezas. Esta vez no fue distinto.

Los tres nos quedamos con la mirada fija en las vías mientras el tren llegaba. Era una máquina pesada y grande, y echaba humo por una chimenea que conectaba a una caldera. Hacia atrás, se enfilaban los vagones, había como cuatro o cinco de ellos, cada uno con personas que también se iban en un viaje del que quizá no volverían. Les pregunté a mis niños en qué vagón querían subirse (al parecer, el boleto permitía la elección de asiento y vagón, siempre y cuando estuviesen desocupados y no previamente reservados), y ellos eligieron el último. Les di un último abrazo antes de que se subieran. Luna lloraba, y Nieve le dio un abrazo, aunque fuera sólo para disimular su incipiente llanto. Les dije que se subieran con cuidado y así lo hicieron.

Me quedé en el andén, observando cómo el tren hacía sonar su silbato y cómo las ruedas poco a poco empezaban su marcha. Mis hijos se arrimaron hacia la parte de atrás del vagón, abrieron una ventana que se encontraba en el fondo de éste y me gritaron: “¡te echaremos de menos, papá!”, pudiendo yo ver sus dientes mientras se despedían. Estaban

sonriendo. Al ver esto, mis lágrimas brotaron haciendo par con mi propia sonrisa. “¡Nunca los olvidaré, chiquititos!”, les grité levantando ambos manos en ademán de despedida. Ellos agitaron sus manos con el mismo gesto. Se acurrucaron uno junto al otro en aquella ventana, y los vi cerrar sus pequeños ojitos mientras el tren se alejaba. Me quedé contemplando esa escena, viéndolos distanciarse, y también cerré mis ojos.

Al abrirlos nuevamente, ya era tarde. El parque estaba oscuro, las micros pasaban muy ruidosas y apenas podía siquiera ver mis manos. Había sido un día de verano y no hacía ni un ápice de frío. Saqué mi celular para ver la hora. Ya había pasado un buen rato. Hacía ya 2 horas que ella había terminado conmigo ahí mismo, en el mismo parque al que solíamos venir a pasear y a leer. Me levanté de la banca y miré a mi alrededor, su bicicleta ya no estaba. No sólo murió nuestro amor aquella tarde: ese día, los hijos que alguna vez quisimos y que nunca tuvimos también pasaron a mejor vida.

(Eduardo Riveros)